

El arte de la guerra tras las grandes revoluciones



Batalla de Saratoga

Juan Miguel Teijeiro de la Rosa
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de septiembre de 2021

El período de las grandes revoluciones tuvo su inicio en las colonias británicas de Norteamérica durante la década de 1770-1780, para culminar más tarde en Francia, entre 1789 y 1799, con una de las convulsiones más significativas y, sobre todo, más influyentes que ha conocido la Historia. Fue éste el principio de la crisis del Antiguo Régimen, que en otras naciones se resistió durante algunas décadas a desaparecer, pero que, a la postre, en Europa se enterró definitivamente a lo largo del siglo XIX. La *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* y el grito de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» fueron hitos que resumen el cambio de mentalidad a que dieron lugar aquellas revoluciones, y, como resultado, los cambios políticos, sociales, religiosos y económicos que de ellas se derivaron.

Todo lo anteriormente dicho tuvo su reflejo en la milicia. El soldado dejó de ser un súbdito que luchaba por defender los intereses de su rey, y pasó a ser un ciudadano que defendía los de su Patria. Fue un cambio radical de mentalidad del que seguimos viviendo actualmente, y que en algunos momentos llegó a alcanzar cotas

de fanatismo nacionalista similares al religioso que alumbró las guerras del siglo XVII. Y de la idea del *ciudadano-soldado* a la de la *nación en armas* apenas hubo que dar un paso.

De todo ello la batalla de Saratoga en lo que iban a ser los Estado Unidos de Norteamérica y el cañoneo de Valmy en Francia fueron, más que hitos bélicos, símbolos de un nuevo concepto del arte de la guerra. Unos combatientes inexpertos y voluntarios, pero enardecidos por nuevas ideas políticas, hicieron frente con éxito a formaciones de ejércitos que desarrollaban tácticas tradicionales del siglo XVIII.

La batalla de Saratoga fue importante no tanto por su relevancia desde un punto de vista estrictamente militar, como por su repercusión política y en la moral de los combatientes. La batalla consistió en dos choques entre septiembre y octubre de 1777. El general inglés, Burgoyne, contaba con unos 6.000 hombres. Disponía además de piezas de artillería de campaña y morteros. Se trataba de un ejército perfectamente uniformado y disciplinado –salvo los indios integrados en él–. Tenía enfrente parte del ejército colonial y las milicias americanas, que constituían un mosaico variopinto formado sobre todo por campesinos y bravos cazadores reclutados un año antes, poco expertos en el combate y muy indisciplinados. El 13 de septiembre se produjo el primer choque, en el que el general yanqui Benedict Arnold consiguió equilibrar una batalla en la que las tropas americanas llegaron a estar en apuros, a pesar de que muchos milicianos subidos a los árboles produjeron considerables bajas al enemigo. El 7 de octubre las tropas americanas mandadas por Gates y Arnold decidieron un encarnizado combate, en el que fusileros mandados por Morgan, veteranos cazadores vestidos con pieles y escondidos entre los trigales, causaron el desconcierto entre las tropas británicas. Burgoyne hubo de ordenar la retirada después de sufrir 426 bajas y 200 prisioneros, frente a las 200 bajas de los americanos. El día 10 fue alcanzado por las tropas americanas, que lo rodearon totalmente, y el 13 se vio obligado a rendirse. Esta victoria de milicias ciudadanas sobre un ejército de línea supuso una inyección de optimismo para los colonos, que hasta entonces se habían visto muy castigados.

Por lo que se refiere al enfrentamiento de Valmy, tuvo lugar el 20 de septiembre de 1792. El ejército francés había sufrido las primeras derrotas frente a los absolutistas, y el futuro de la revolución peligraba. Al grito de «¡La patria está en peligro!» se decretó la movilización general. El encuentro enfrentó a los ejércitos franceses del norte y del centro mandados respectivamente los generales Kellermann y Dumouriez, con el prusiano dirigido por Carlos Guillermo Fernando, duque de Brunswick. Fue en realidad un cañoneo en el que el grito de «*¡Vive la nation!*» de Kellermann fue contestado por sus tropas con los de «*¡Vive la nation!, ¡Vive la France!, ¡Vive notre general!*» Cuando Brunswick ordenó el ataque a la infantería prusiana, la artillería de Kellermann, disparando contra ella, la hizo

vacilar, desorganizarse y finalmente detenerse. Aunque los resultados tácticos no fueron decisivos, el hecho de que los ciudadanos-soldados hubieran frenado al ejército prusiano supuso una extraordinaria inyección de moral a los franceses, convencidos de que una nueva derrota aquel día hubiera supuesto el principio del fin de la revolución. Era la primera victoria en el continente de un ejército de ciudadanos alentados por los nuevos valores. Unos días después el ejército prusiano iniciaba su retirada.



BATAILLE DE VALMY (1792).

Ciertamente, estos hechos y todos estos años no trajeron novedad alguna por lo que se refiere al armamento y al equipo de los ejércitos. El armamento fundamental empleado por los soldados y milicianos de las colonias americanas fue el mismo mosquetón que utilizaban los ejércitos europeos, por más que algunos de estos hombres se valieran también de rifles, mucho más precisos en la puntería, pero también muy lentos en su carga, hasta el punto de requerir el triple de tiempo de los mosquetones, además del inconveniente de no tener adaptada la bayoneta. Pero, sin embargo, los nuevos tiempos y las nuevas ideas fueron decisivos en los restantes aspectos del arte de la guerra, singularmente en la aparición del concepto de *guerra total*. No se trataba ya, como en el restante siglo, de que el enemigo simplemente claudicara y abandonara el campo de batalla (como hemos referido en otra comunicación bajo el título de *La estrategia y la táctica en el siglo XVIII*), sino de destruirlo. Igualmente, en la guerra se hacía patente la manifestación del espíritu nacional (el *espíritu patriótico*) y la participación en la misma de toda la

nación (la *nación en armas*). Por otro lado, los ejércitos iban a ser un instrumento fundamental para la introducción de las nuevas ideas dentro de sus filas, y para la expansión de las mismas a lo largo de Europa, algo a lo que contribuyeron fundamentalmente las tropas republicanas francesas y luego las tropas de Napoleón.

Desde un primer momento los revolucionarios franceses abolieron en los ejércitos los castigos humillantes a los que tan acostumbradas estaban las tropas; se mejoró su alimentación y su sanidad; se liquidaron las unidades de tropas extranjeras; se suprimió la distinción entre el ejército de línea y las milicias; se dio prioridad al mérito sobre el origen social a la hora de los ascensos y de la atribución de destinos; se abolió la aplicación de la odiada recluta forzosa (por más que Napoleón se vio obligado a recurrir de nuevo a ella); y se sustituyó todo ello por un modelo de ejército en el que, al menos teóricamente, todos sus integrantes habrían de sentirse satisfechos de servir en él y de cumplir de esta forma sus obligaciones de ciudadano. El reclutamiento habría de hacerse apoyándose fundamentalmente en el voluntariado como en los siglos XVI y XVII, pero bajo otros ideales. Claro es, sin embargo, que todo ello no se dio siempre ni en todos los casos.

En Francia -y en las guerras españolas de la Independencia y de los virreinos americanos- destacaron mandos procedentes de las clases de tropa y de suboficiales que acreditaron sus condiciones militares, y aunque esto no se llevó de forma estricta en los ejércitos regulares, es, al menos, significativa la desaparición de la compraventa de empleos que había imperado desde los comienzos del siglo XVIII. Comenzaron así en destacarse el mérito y la profesionalización.

Es cierto que, en un principio, en las operaciones militares las tácticas no variaron ostensiblemente de las que habían sido tradicionales hasta entonces. Por mucho que fuera el ardor político de los ciudadanos-soldados y de sus mandos, la realidad de la guerra exigía la aplicación de unas técnicas de estrategia y táctica si se quería llevar a buen puerto un conflicto armado. No obstante, éstas empezaron a dar cada vez más importancia a la rapidez de movimientos de las tropas y a la agilidad de las alas para sorprender y envolver al contrario. Pero, sobre todo, se atendió a los nuevos movimientos de masas y a la voluntad de destruir al enemigo. Igualmente, al valor de la ofensiva y de la sorpresa para conseguir el dominio de la situación.

La infantería se mantuvo como la reina del campo de batalla con el apoyo de la artillería, mientras que la caballería quedó relegada a labores secundarias, encuadrada en unidades pequeñas, de gran flexibilidad, y en relación estrecha con la primera. El arma casi exclusiva de la caballería pasó a ser el sable en detrimento de las armas de fuego. Se reforzaron las unidades de infantería ligera, que tanto

papel habían tenido en la guerra de la independencia americana., y que también habían sido utilizadas con resultados positivos por el ejército austriaco. Estas formaciones fueron utilizadas por el ejército republicano francés para acosar al enemigo desde abrigos naturales, y para cubrir la retirada en caso de contraataque. En ellas comenzó a valorarse la iniciativa individual al permitir al soldado hacer fuego a discreción sin esperar a la voz de mando. Ya en 1795 los franceses habían conseguido conjugar perfectamente las unidades ligeras con las de línea, y ambas con la artillería y la caballería.

El predominio de la ofensiva y de la idea de destrucción del enemigo dio un nuevo impulso al asalto con la bayoneta. El ejército francés optó por un sistema táctico a medio camino entre la columna y la línea, y decidiendo la concentración de una gran potencia de fuego sobre una zona de la línea enemiga a fin de romperla, seguida de una carga a la bayoneta que debería infringir el golpe de gracia. Ambas operaciones se repartirían entre la infantería ligera, que tendría a su cargo el fuego, y las columnas de infantería de línea que se encargarían del choque. Todo esto lo pusieron en práctica en ocasiones los franceses en la guerra de la Convención contra las tropas españolas.

Aunque durante estos años la Marina no tuvo un papel tan importante como los ejércitos de tierra, no cabe dejar de destacar los nuevos conceptos que en el área de la táctica contribuyeron a cimentar la superioridad de la marina inglesa, y a que la francesa hubiera de resignarse a asumir derrota tras derrota. La doctrina tradicional se había centrado en la conservación de una línea estrechamente cerrada en el escenario de batalla. Cualquier iniciativa del correspondiente almirante en orden a modificar a la vista de las circunstancias este modelo, además de ser prácticamente imposible de trasladar al resto de los navíos de su escuadra por falta de un claro sistema de señales, le podía traer desagradables consecuencias personales a la hora de ser examinado su proceder por el oportuno tribunal de la Marina.

Pero Nelson demostró que esa táctica estaba ya obsoleta. Una concentración de fuerzas capaz de romper la línea enemiga iba a ser decisiva en el futuro, como se demostró en Trafalgar. El disponer la marina inglesa de una oficialidad con amplia experiencia marinera y de combate, así como de un nuevo sistema de señales que permitía tomar iniciativas haciendo modificaciones durante la batalla, a la vista del desarrollo de ésta, respecto a las instrucciones de combate fijadas previamente, todas ellas fueron circunstancias que permiten comprender sus triunfos indiscutidos, como fueron los de Abu Kir (1798) y Trafalgar (1805).

La guerra de la independencia de las colonias americanas y la Revolución Francesa constituyen el marco de un período que afectó decisivamente a la Historia en

general y al arte de la guerra en particular. Los ejércitos que había conocido el siglo XVIII entraron en crisis. La estrategia dejó de ser eminentemente defensiva y encaminada solo a mantener un equilibrio de poderes entre los distintos estados; la aparente superioridad militar dejó de ser decisiva a la hora de decidir un combate, que hasta entonces se rehuía siempre que era posible sin desdoro; la táctica dejó de ser un carrusel de movimientos y combinaciones, y el soldado un autómatas sin iniciativa. Apareció un modelo distinto, tanto en la relación de dichos ejércitos con la sociedad en que estaban insertos, como por la mentalidad con que en el futuro se iba a vivir la guerra. Todo ello se iba a resumir en esos dos conceptos que de nuevo reiteramos: el de «guerra total» y el de «el pueblo en armas».